

## **Identidad profesional y trayectoria en la universidad**

Adriana **Gewerc**

*Universidad de Santiago de Compostela*

*Correo electrónico: dogewerc@usc.es*

### **Resumen**

Este artículo describe una parte de las conclusiones de una investigación cualitativa realizada en el Departamento de Didáctica y Organización Escolar de la Universidad de Santiago de Compostela. La misma estudia los procesos de construcción de identidades profesionales de un sector del profesorado: catedráticos de universidad. En él se toma a la trayectoria profesional como una dimensión de suma importancia en la construcción de identidades imprimiendo una forma de ser y hacer en la profesión.

### **Abstract**

This article, describe a part of the conclusions of a research developed in the didactic and organization department of the Santiago University. This study analyzes the process of building the professionals identities in one sector of the staff: university cathedratics. The professional life is view like a very important dimension in the process of build the identities imprinting a way to be and to do in the profession.

### **1. Introducción**

La Universidad constituye nuestro lugar de trabajo, sin embargo, en muchos aspectos es una institución casi desconocida. Las características de su organización, la de su profesorado, se mantienen semiocultos en el mundo de lo indocumentado, de los dichos, de las ideas previas, en aquello que “todos saben” por vivirlo, pero no por que exista un estudio pormenorizado de las condiciones que se imponen en el trabajo cotidiano. Los que trabajamos en el campo pedagógico, además, estamos siempre más preocupados y ocupados por estudiar las características que adquiere la organización escolar y los condicionamientos que esto implica a profesores, alumnos y sus aprendizajes en escuelas primarias o secundarias (que aparentemente tienen más relevancia social) que en estudiar al “sujeto objetivante” en expresión de Bourdieu (1988). El sujeto que por su trabajo de investigación tiene como misión objetivar a otros sujetos, transformarlos en objeto de conocimiento.

Responder a la pregunta cómo es la institución en la que trabajamos y cómo ésta condiciona nuestra práctica profesional y ayuda a configurar una identidad profesional determinada, se transforma entonces en un reto que tiene indudablemente como riesgo el de transformarnos en un “denunciante”, al desvelar, en el sentido de quitar los velos, lo que en ella sucede. Quizás aquí resida uno de los motivos por el cual la investigación en este ámbito es escasa. En palabras de Bourdieu,

“Es sabido que a ningún grupo le gusta un “informador” quizás especialmente cuando el transgresor o

traidor puede decir que comparte sus mismos excelsos valores. Es probable que las mismas personas que no dudarían en aclamar la obra de objetivación como “valerosa” o “lúcida” se aplicara a grupos extraños u hostiles, cuestionaran las credenciales de especial lucidez que reivindicara cualquiera que tratara de analizar su propio grupo” (Bourdieu, 1988:5).

Nos decidimos entonces a asumir el riesgo, a penetrar en ese mundo escasamente analizado desde el punto de vista científico, pero extremadamente conocido en la vida cotidiana, a documentar lo no documentado y comenzar a objetivar aquellas situaciones que no están estudiadas, que vivimos, que forman parte de la vida cotidiana y que ayudan a construir la identidad profesional del profesorado que se desarrolla en su seno. En este artículo describe una parte de las conclusiones de una investigación realizada en el Departamento de Didáctica y Organización Escolar de la Universidad de Santiago de Compostela. En ella se optó por una investigación cualitativa que nos permitiera dar cuenta de los procesos de construcción de la identidad profesional de un sector del profesorado de la Universidad: catedráticos de universidad. Un colectivo particular en el contexto institucional que ya ha sido objeto de estudio en otras investigaciones (Nieto, 1984; Ollero, 1985; De Miguel, 1978).

El proceso de desarrollo de la investigación que aquí se relata requirió de un estudio de las condiciones organizativas de la Universidad que imponen unas formas particulares de trabajo, analizada principalmente a partir de la Ley de Reforma Universitaria de 1983 (LRU) y de la organización departamental como estructura básica impuesta por ésta. Se analizó el proceso de cambio entre una profesión académica clásica, basada en el prototipo del funcionario, en ocasiones compartida con el ejercicio liberal de la profesión, cuya función principal era la docencia, desarrollada en un contexto institucional jerarquizado, no democrático y en donde la cátedra era la base de su organización y una profesión basada en la excelencia y la competencia científica, en la gestión democrática de la institución, de organización departamental y en un contexto de universidad de masas que no quiere perder los supuestos de calidad en los que basa su mito y su supervivencia como institución.

Los propósitos básicos de la investigación estuvieron dirigidos a describir y comprender a ese profesorado, indagar cómo está constituida su identidad profesional construida en las condiciones organizativas de la institución donde desarrolla su trabajo y en el conjunto de las prácticas profesionales que realiza, para comprender cuáles son los condicionantes y las disposiciones que ayudan a determinar su quehacer profesional. Desde la idea de una práctica profesional históricamente configurada de manera tal que sus miembros procuran las soluciones que la propia la historia les sugiere para las dificultades y conflictos a los que se enfrentan en cada caso, se intentó desentrañar cómo se constituye la identidad del profesor/ra alrededor de los significados que los profesores tienen acerca de la realidad que viven, que se concretan en un hacer y en un pensar cotidiano en la institución milenaria en donde se desarrolla. Interesó descubrir cuál es el peso que ésta tiene en esa constitución y qué cuestiones de esa historia han dejado sus huellas visibles en los profesionales que trabajan en su seno.

Para la investigación se realizó un estudio de casos, tomando uno por cada área de conocimiento establecida por la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología. Se eligió dar voz a los sujetos, conocer cómo se ha construido la identidad profesional del profesorado universitario a partir de las narraciones que ellos mismos realizan, coincidiendo con Ricoeur (1987, 1996) en que la narratividad es el modo privilegiado para dar cuenta de la identidad de un sujeto:

...la identidad se constituye por el sujeto al que el relato asigna una identidad narrativa. (Ricoeur

(1987:209).

El relato de la propia historia pasó a conformar cada caso, la identidad re-construida en cada uno. Para el análisis optamos por una construcción del discurso a partir de los datos extraídos de entrevistas en profundidad que indagaron acerca de las dimensiones del problema de investigación: trayectoria, prácticas y organización. En este sentido se tomaron las representaciones de los entrevistados como objeto de análisis de discurso, optando por una combinación de técnicas que permitieron dar cuenta de una construcción que incluye desde el primer momento al propio investigador; el producto es la escritura de una historia (De Certau, 1993)

## **2. Identidad profesional**

El concepto de identidad hace alusión a un sujeto y a su definición como tal, es decir, responde a la pregunta ¿quién soy?. Pregunta por una ontología que tiene raíces históricas, ya que aparece con las estructuras económicas y sociales de la modernidad, cuando el sujeto puede individualizarse y pensarse a sí mismo.

Es un concepto que, desde sus múltiples aproximaciones, (social, profesional, psíquica) invade el mundo contemporáneo de la investigación en Ciencias Sociales, ya que estamos asistiendo a una recuperación del individuo (que en muchas ocasiones se ha transformado en apología del individualismo) aparentemente negada en otros momentos de la historia. Esta recuperación del sujeto, se ha convertido en un cambio de perspectiva, mientras antes eran las estructuras las protagonistas de estos cambios y su análisis permitía comprender la realidad, ahora es el sujeto el motor de éstos y en ellos están integradas esas mismas estructuras. Se parte de la convicción de que sin la comprensión de ese sujeto, de cómo se han encarnado las estructuras sociales en él, es decir, qué frutos han dado los procesos de socialización y cómo lleva adelante las estructuras sociales, no es posible comprender el mundo en que vivimos.

Este interés por la construcción de la subjetividad puede considerarse una moda académica, sin embargo, los modos en que se conforma la subjetividad resulta ser una privilegiada vía de acceso para el estudio de las relaciones sociales. El conjunto de estas investigaciones propone una nueva perspectiva sobre lo social: la del individuo que vive cotidianamente las reglas que rigen la vida en sociedad.

En este contexto, recuperar el concepto implica recuperar al sujeto profesor, no desde la identidad pedagógica (Bernstein, 1998) establecida por el discurso oficial (libros de texto legitimados, leyes, decretos, etc. ) sino a través de su propia narración, de lo que él dice que es.

En la actualidad el concepto es utilizado indiscriminadamente para dar cuenta de múltiples cuestiones que hacen referencia a la profesionalidad, sin que se realice el esfuerzo de una definición, de clarificar qué se está queriendo decir cuando se habla de identidad profesional, por lo que en muchas ocasiones aparece ambiguamente. Por un lado, asociado a las ideas encontradas entre modernidad y posmodernidad y a cómo desde ellas se ha producido un resurgimiento de la problemática teórica de la construcción del sujeto.

Por otro, se le asocia a cuestiones de índole psicológica, que tienen estrecha relación con la personalidad, y desde allí se aluden a cuestiones personales, familiares... También la sociología o la antropología hacen referencia a la identidad, fundamentalmente en alusión a cuestiones culturales particulares de las naciones o los pueblos. Estas tradiciones y costumbres le otorgan

identidad al individuo, es decir, una manera de ser en función de la cultura a la que pertenece.

Bajo el término identidad se agrupan varias ideas. Está ligada a la noción de permanencia, de mantenimiento de puntos de referencia fijos que escapan a los cambios que pueden afectar al sujeto o al objeto en el curso del tiempo. También a las relaciones entre dos elementos a través de la cual se establece la semejanza absoluta que reina entre ellos permitiendo reconocerlos como idénticos, y a la delimitación que asegura la existencia en estados separados, permitiendo circunscribir la unidad, la cohesión totalizadora indispensable a la capacidad de distinción. Se relaciona con la constancia, la unidad y el reconocimiento de lo mismo. Ser, ser uno, reconocer el uno.

Aparentemente es un concepto sencillo pero si profundizamos, encontramos una maraña de problemáticas relacionadas con él, en particular muchos esfuerzos han apuntado hacia la comprensión de las relaciones entre identidad, tiempo y cambio. O en cómo los tiempos generacionales producen identidades que al mismo tiempo implican estabilidad y cambio.

Desde enfoques socio-antropológicos la identidad deriva de un proceso de socialización, es decir que es siempre social o identidad socializada (Abad,1993), se define, por lo tanto, en el conjunto de las relaciones que el individuo mantiene con los demás objetos sociales (personas, grupos, instituciones, valores, etc.).

La presencia de lo social es constitutivo de la identidad, de tal manera que sin el marco de relaciones sociales no es posible esa constitución. En esta perspectiva se toma como base a Levi Strauss (1981) cuando afirma que las "relaciones constituyen la identidad y no al revés". También Habermas, (1987) quien a su vez se basa en Mead (1934), se aleja cada vez más de aquellas propuestas que definen a la identidad como una construcción individual, configurándose en el conjunto de relaciones sociales: "El sí mismo es esencialmente una estructura social y se forma en la experiencia social"<sup>1</sup>.

El ser humano adquiere su identidad como ubicación en un mundo y la asume subjetivamente sólo junto con ese mundo y esa cultura que le dieron un nombre y un lugar en las relaciones y le enseñaron, además, el nombre y los significados de las cosas. Apropiarse subjetivamente del mundo social y de la propia identidad son aspectos diferentes de un mismo proceso en que el sujeto incorpora simultáneamente el subuniverso de significados de que es portadora la colectividad y la reflexión sobre sí mismo, la autocomprensión, que implica observación, categorización, juicio, etc.

De esta manera, las estructuras sociales históricas engendran "tipos" de identidades reconocibles en casos individuales que pueden observarse en la vida cotidiana. Hablar de identidad es reconocer que las personas "son" lo que se supone que sean, producto de un proceso de socialización exitoso. Es decir que hay igualdad entre dos términos, hay relaciones idénticas. Así, un caballero "es" un caballero; un profesor/a "es" un profesor/a (Berger y Lukmann 1984).

Sin embargo, el proceso de construcción de la identidad es complejo y no siempre es "exitoso", Castells (1997) sostiene que puede hablarse de identidad sólo cuando los actores sociales las interiorizan y construyen su sentido en torno a esta interiorización. En un intento de realizar una síntesis en la construcción del concepto, rescatando las contribuciones sociológicas,

---

<sup>1</sup> Mead, M. (1934:140)

antropológicas y psicológicas, recuperando aportes de Laing, Lacan, Piaget, Bourdieu, y la sociología de las profesiones entre otros, Dubar (1991), conceptualiza a la identidad como "...el resultado a la vez estable y provisorio, individual y colectivo, subjetivo y objetivo, biográfico y estructural, de diversos procesos de socialización que conjuntamente construyen los individuos y definen las instituciones" (p.111).

Las identidades se construyen utilizando elementos de la propia historia personal y social, de las instituciones productivas y reproductoras. Los individuos, los grupos sociales y las sociedades procesan todos esos materiales y los reordenan en su sentido, según las determinaciones sociales y los proyectos culturales implantados en su estructura social y en su marco espacial/temporal.

### 3. La trayectoria como base para el análisis de la identidad profesional

Es necesario distinguir éstos tratamientos de los desarrollados por la psicología en la construcción de la identidad, en ese sentido, ¿Qué nos aporta este concepto, que lo diferencie del de "grupo", o "clase" utilizado dentro de una perspectiva macro-social o de la noción de "rol", y "status" definida a partir de una perspectiva micro-social?. Dubar (1991) plantea que ella tiende a introducir la dimensión subjetiva, vivida, psíquica, en el corazón mismo del análisis sociológico, rompiendo con la visión tradicional en donde el sí mismo es lo interior y el ambiente y su organización, lo externo. Esta visión, en donde lo más íntimo es también lo más social, no suprime la subjetividad como realidad originaria de la identidad, ella se instala también dentro de lo social.

Para este sociólogo, la identidad es construida y reconstruida cada día en el interior del proceso de socialización<sup>2</sup>. Esta construcción se realiza como producto de dos procesos heterogéneos:

1- el proceso de atribución de la identidad por las instituciones y los agentes directamente en interacción con el individuo, lo que Goffman (1980) llama "identidades sociales virtuales" que resulta del juego de fuerzas entre todos los actores involucrados y la legitimación de las categorías utilizadas y;

2- el proceso de incorporación de la identidad por los individuos analizado a través de las trayectorias sociales en que estos individuos han construido sus identidades sociales (identidades sociales reales).

*"...es entonces probablemente cuando advertimos que hemos estado concibiendo sin cesar determinados supuestos sobre el individuo que tenemos ante nosotros. Por lo tanto, a las demandas que formulamos se las podría denominar con mayor propiedad demandas enunciadas "en esencia" y el carácter que atribuimos al individuo debería considerarse como una imputación hecha con una mirada retrospectiva en potencia, una caracterización "en esencia", una **identidad social virtual**. La categoría y los atributos que, de hecho, según puede demostrarse, le pertenecen, se denominarán su **identidad social real**" (Goffman, 1980: 12).*

---

<sup>2</sup> Se toma aquí el concepto de socialización desde una perspectiva dialéctica desarrollado por Zeichner y Gore, 1990; Zeichner, 1985). Se entiende a éste como un proceso interactivo en el que los individuos influyen y determinan el marco en el que son socializados, al mismo tiempo que ellos también están determinados por diversidad de fuerzas y niveles propios de ese marco.

El segundo proceso concierne a la interiorización activa, la incorporación de la identidad por los individuos, analizable a través de las trayectorias sociales por la que se construyen sus identidades, que no es otra cosa que la historia que ellos relatan sobre lo que son.

Ahora bien, estos dos procesos no necesariamente coinciden, cuando hay desacuerdo entre la identidad social virtual y la identidad social real, resultan dos estrategias destinadas a reducir este desequilibrio: transacciones externas entre el individuo y los otros significados, con la intención de acomodar la identidad propia a la atribuida por los otros (denominada objetiva), o puede ser interna, una lucha entre la aceptación de la identidad atribuida y el deseo de construir nuevas identidades (transacción subjetiva).

Según Dubar (1991), la llave de los procesos de construcción de identidades sociales está en la articulación de estas dos transacciones (subjetiva y objetiva). Las relaciones entre las identidades heredadas, aceptadas o rechazadas, y las identidad vivida, en continuidad y ruptura con las precedentes, dependen de los modos de reconocimiento y la legitimación de las instituciones y sus agentes. Las configuraciones de las identidades constituyen las formas relativamente estables y cotidianamente evolutiva de compromisos entre los resultados de esas dos transacciones con diferentes articulaciones.

Este punto de vista supone concebir el análisis de las identidades como una negociación verdadera entre los demandantes de la identidad en situación de incertidumbre, y las identidades virtuales que se proponen. Esta negociación de identidades constituye un proceso comunicacional completo, sobre la base de trayectorias individuales, irreductible a un etiquetaje autoritario de identidades predefinidas. Ello implica hacer de la calidad de las relaciones con otros, un criterio y un juego importante en la dinámica de las identidades.

Las categorizaciones sociales influyen necesariamente en los procesos de construcción de las identidades subjetivas, pero ellas no las determinan mecánicamente. Esto es así, ya que, por una parte, los individuos de cada generación reconstruyen sus identidades sociales reales a partir de las precedentes heredadas (de la generación precedente, adquiridas en el curso de la socialización primaria, escolar, identidades posibles adquiridas en el curso de la socialización secundaria). Por otra parte las mismas categorías de identificación social evolucionan con el tiempo y permiten las anticipaciones recíprocas sobre las cuales pueden injertarse las negociaciones de las identidades.

La articulación de estos dos procesos representa la proyección del espacio-tiempo identificadorio de una generación<sup>3</sup> confrontada con otras dentro de su camino biográfico y su orientación espacial. Las formas sociales de esa articulación constituye a la vez la matriz de categorías estructurantes del espacio de posiciones sociales (alto/bajo, y también dentro/fuera) y la temporalidad de las trayectorias sociales (estabilidad/movilidad y también continuidad/ruptura).

La identidad social se transmite por una generación a la siguiente, ella se construye por cada generación sobre la base de categorías y de posiciones heredadas de la generación precedente pero también a través de estrategias identificatorias desarrolladas dentro de las instituciones que atraviesan a los individuos y ellos contribuyen a transformar. En la construcción de

---

<sup>3</sup> Para Erikson (1968:26), la formación de la identidad constituye esencialmente un problema de generación. En el contexto de esta investigación se entiende por generación, un grupo de personas que más allá de una cuestión de edad, han sido objeto de recepción de las mismas influencias dominantes (culturales, intelectuales, socio-políticas).

esta identidad tiene una importancia particular el campo de trabajo, el empleo y la formación, ya que actúan como fuentes de reconocimiento de la identidad social y de la atribución de status social.

De esta manera, las identidades sociales y profesionales típicas no son ni expresiones psicológicas de personalidades individuales ni el producto de estructuras o de políticas económicas.

"Estas son las construcciones sociales implicadas en la interacción entre las trayectorias individuales y los sistemas de empleo, de trabajo y de formación. Producto de procesos de socialización, las identidades constituyen formas sociales de construcción individuales de cada generación, dentro de cada sociedad" (Dubar, 1991: 262).

#### **4. ¿Qué significa ser profesor/ra universitario?**

¿Cuáles son los elementos que le distinguen y que determinan qué le compete hacer y de qué cosas está excluido? ¿Cuáles son los elementos identificatorios de su identidad profesional que le indican el camino de su práctica? ¿Cómo se producen en el caso concreto del profesorado universitario estas negociaciones entre la identidad atribuida y la identidad asumida? ¿Cuáles son los supuestos sociales sobre ellos que están contribuyendo a construir su identidad? La identidad profesional del profesorado universitario, construida en ese juego de negociación entre la identidad atribuida y la asumida, entre las demandas sociales heredadas y las que produjeron rupturas con aquellas.

El paso de una universidad con características muy similares a la medieval (Sotelo, 1983) a otra cuyo principal foco de atención está dirigido hacia la investigación y a la excelencia que le permita competir con otras universidades con más historia en esta perspectiva, puede haber significado cambios profundos en las maneras de ser y hacer la profesión. Las estructuras generadas a partir de la LRU, han creado nuevas condiciones de trabajo en la institución, por lo tanto quizás nuevos modos de selección y socialización. Pero como éstas son construidas en el desarrollo histórico, y en ese sentido, cada generación produce cambios en función de las transacciones entre lo heredado y lo asumido como propio, entre lo que la sociedad demanda y lo que el sujeto adopta, es importante entonces analizar cómo se produjeron los procesos históricos, cuáles eran las condiciones institucionales que ayudaron a generar las presentes y también qué aspectos continúan las líneas heredadas y cuáles significaron rupturas.

La concepción de la identidad que se toma como referencia, induce a considerar el estudio a través de las trayectorias profesionales de los profesores, su particular historia dentro de la institución, lo que supone realizar al mismo tiempo aproximaciones sincrónicas: que tiene relación con la situación singular de los sujetos y el recorrido que realiza cada uno en su puesto de trabajo y diacrónicas: las historias sociales de los puestos y de los individuos que los ocupan.

Convertirse en profesor de universidad, es decir, asumir una profesión como propia, aprender las reglas básicas de pertenencia a este cuerpo de funcionarios del Estado, el saber y el saber hacer incorporados como habitus (Bourdieu, 1988) y la construcción de la identidad que esto implica, no se produce de golpe, requiere un proceso que algunos autores han llamado socialización en las instituciones. Es decir, el proceso de aprendizaje de los requisitos para funcionar "adecuadamente" en un determinado lugar social.

El modo en que un docente se transforma en el profesor que es, en un momento dado, es el resultado de un proceso de desarrollo personal y profesional que, teniendo como base sus características personales se realiza a través de transiciones de vida en el cuadro de un conjunto de factores de naturaleza socio-profesional, que comprenden el ambiente de trabajo en la institución y las características específicas de la profesión docente (Gonçalves, 1996) históricamente constituida.

La construcción de la identidad, desde la perspectiva que se adopta está indisolublemente ligada a los procesos biográficos y a las trayectorias individuales, en ese sentido, las formas y los contenidos por los cuales los profesores adquieren, mantienen, y desenvuelven su identidad a lo largo de la carrera, se revelan de capital importancia para la comprensión de sus prácticas. La construcción de la identidad comienza a definirse en el transcurso del proceso de formación inicial, en la construcción de un cuerpo de saberes y saber-hacer y de la interiorización de esos saberes en "saber ser", que identifican al profesor como persona construida por una multiplicidad de experiencias de vida (Giddens, 1995).

Los agentes y las instituciones tienen una historia, su propia historia y la identidad sólo puede articularse en la dimensión temporal de la existencia humana (Ricoeur, 1996). Es decir a través del relato de la propia historia que realizan los protagonistas, sus historias de vida profesional, es posible desentrañar las representaciones y analizar aquellos rasgos que los identifican, que pueden ayudar a definir qué significa ser profesor universitario.

Ser profesor de universidad implica ocupar un espacio social (simbólico y material) que responde a las características de las élites dominantes. A pesar de los cambios operados en la sociedad española y en la institución universitaria, es posible decir que todavía es muy fuerte la impronta de "cargo de jerarquía" como "poseedores del saber" que opera en el imaginario social y que se refuerza permanentemente, por ejemplo, en los medios de comunicación social. Es una profesión que en el transcurso de la historia estuvo relacionada con los ámbitos de poder, que acompañó (asesoró, impulsó, les dotó de racionalidad) los procesos políticos, como "expertos" en cada campo de conocimiento (Popkewitz, 1988). Fuente de reclutamiento para cargos ministeriales, élite formada para acompañar tanto los procesos conservadores como los de cambio.

Sin embargo, no podemos olvidar en este análisis a los sujetos que "eligen" esta profesión, obviar estas características particulares nos situarían en posiciones "objetivistas" según Bourdieu (1988) o deterministas. Los sujetos redefinen a las profesiones, así como también éstas atraen a determinados sujetos. Se produce entonces un encuentro entre profesiones e individuos bajo el signo de la elección.

"...Los individuos eligen a los puestos y los puestos hacen de ellos sus elegidos." (Muel-Dreyfus, 1992:9).

Se entiende aquí al individuo como sujeto social, es decir, anclado en un entramado que responde a un lugar determinado de las jerarquizaciones vigentes en la sociedad. En este sentido, el prestigio de una profesión guarda estrecha relación con los sectores sociales que la nutren, es decir que las profesiones también se definen por las características de quienes las ocupan.

La elección de la carrera profesional, que aparentemente es una cuestión personal, está íntimamente relacionada con cuestiones relativas a la extracción de social de quienes pretenden acceder a ese puesto de trabajo y a las condiciones económicas del país en ese momento, además

del prestigio de la profesión en el momento del ingreso, su condición de funcionariado y sus relaciones con el estado y la impronta que cada generación impone a las condiciones estructurantes de la profesión. No podemos obviar en el análisis estas condiciones que determinan las formas de ser y de hacer de los profesores, ni tampoco las características que la generación a la que pertenecen los profesores.

## **5. El proceso de socialización**

Del análisis de las entrevistas en la investigación realizada se desprende que el proceso de aprendizaje de la profesión se produce en momentos muy tempranos. Nos encontramos con una trayectoria que se remonta a la etapa de estudiante. Así, la decisión de “quedarse” en la Universidad está signada desde esta etapa, en donde aparecen procesos identificatorios con algún profesor “catedrático” que produce una primera selección de quienes continuarán en la universidad, reclutando a candidatos entre los que él considera los mejores estudiantes. Desde este inicio se ha descubierto un recorrido por el proceso de socialización en el que destacan tres momentos claves: la elección-decisión de quedarse en la universidad; la lectura de la tesis, como un rito de paso y de afianzamiento en la institución y la oposición, como el momento culmine que determina el acceso al funcionariado.

Del discurso resalta el adentro y el afuera institucional, como espacios altamente diferenciados, que delimitan a la institución en el sentido que le ponen límites con el entorno, límites que al mismo tiempo aparecen con fuerza a la hora de requerir la entrada. Adentro, la institución protege a sus miembros con cuestiones conocidas: el estudio, el aprendizaje, las reglas de juego que en ella se desarrollan marcan una continuidad entre el ser alumno y el ser profesor. Podría decirse que muchas cuestiones relativas a la profesión se aprenden en una línea de continuidad que comienza con el ser alumno, y en ese sentido, para muchos este “adentro” no está relacionado con el trabajo.

Esta continuidad estaría marcando características significativas de este profesional que comenzó siendo un alumno exitoso captado por el catedrático de turno para que se “quede”. El quedarse adquiere el significado de elegido, y también de protección, el adentro es lo conocido, el afuera implica unas luchas ignoradas hasta el momento.

La trayectoria de los catedráticos entrevistados está plagada de rupturas, fundamentalmente con los esquemas contra los que han luchado en el período de la transición hacia la democracia. Se ha visto también, como a pesar de las rupturas, se mantienen las continuidades y que hay cuestiones de la institución milenaria que se resisten a desaparecer como “rémoras” (Sotelo, 1993) o como mecanismos de defensa de una Universidad que no quiere perder sus señas de identidad (Etkin, 1994), que mantiene eso que es constitutivo de su ser, o que se resiste a construir otra, totalmente diferente de aquella medieval que la vio nacer.

En el juego de diferencias y semejanzas entre los diferentes casos analizados, resulta una verdadera sorpresa lo significativas que resultan éstas últimas, es decir que el peso de los aprendizajes en el contexto institucional estaría marcando con más contundencia a las identidades que están en juego que a las diferentes áreas de conocimiento.

La conformación del campo académico, las condiciones impuestas para el ingreso y el desarrollo de la profesión tienen mucha más significación en las construcción de identidades que lo

que suponíamos en el inicio de esta investigación. La organización departamental, las relaciones entre los miembros, el lugar de los catedráticos en ellos, está ayudando a configurar un tipo profesional altamente competitivo para quien el saber se transforma en un capital por el que se lucha, el que se objetiva a través de productos concretos, lo que a su vez permiten aumentar más capital (simbólico y real).

Este medio altamente competitivo generaría identidades fragmentadas para poder sobrevivir en él. La fragmentación viene dada por los mandatos contradictorios que la institución expresa: por un lado es una institución educativa, lo que supone que en ella se enseña y se aprende, al mismo tiempo tiene como misión la creación del conocimiento, pero implícitamente está “mandando” que una sea subsidiaria de la otra, quizás por esta razón se preocupa de la formación para la investigación y no para la docencia; la profesionalización se concretaría allí, en el ser científico.

Desde este punto de vista, los catedráticos entrevistados no serían profesionales de la docencia, no se sienten así, ni están formados para eso, no reúnen ninguno de los requisitos para ser considerados como tales, aunque dan clase, y desde este punto de vista tendríamos que preguntarnos si “dar” clase significa ser profesional de la enseñanza.

La trayectoria está marcada por las condiciones institucionales, y en ese sentido, son más las recurrencias que las diferencias entre los casos, en la medida que la vara de la institución pone las mismas normas explícitas para todos. Pero también hay normas implícitas comunes a todos los campos de conocimiento particulares: siempre hay otro catedrático que apadrina, que mira, que elige entre alumnos aventajados; es recurrente el mandato de ir fuera a formarse, a buscar legitimaciones en centros de excelencia, los ritos cumplen la misma función ya se trate de ciencias exactas o sociales...

Los notas del discurso remiten a expresiones que envuelven al espacio institucional como espacio por el que se puja, lo que redundaría en una idea de la profesión en donde las luchas se transforman en un juego competitivo permanente en donde hay ganadores y perdedores. Desde las instancias de socialización, en donde se es elegido por ser alumno exitoso, por adecuarse a lo esperado por el catedrático que se hace cargo de esa elección, hasta la oposición, la identidad se construye en una constante puja, en donde gana el más apto. Para ocupar el espacio que significa la plaza, es necesario hacerse un lugar, en una lucha, en donde entran en juego elementos objetivos (las certificaciones académicas, los trabajos publicados...) pero también los subjetivos (las empatías con los catedráticos, las lealtades, las inclinaciones políticas...).

Cabe la pregunta si este modo de ser, construido en un espacio altamente competitivo, no está ayudando a configurar las relaciones en el interior de los departamentos, en donde, según se ha observado, cada uno se ocupa de su capilla. O quizás se produzca la relación inversa y sean entonces las estructuras departamentales las que ayuden a las otras (las del ingreso a la profesión) en cuya síntesis encontramos a los sujetos, sujetados a los modos de hacer las cosas que las circunstancias organizativas le conducen. Desde este punto de vista, no puede ser considerada la oposición como el momento determinante de la selección, sino más bien, todo el proceso anterior a ésta, en donde se ponen a prueba las habilidades y las lealtades, aquellas cuestiones que se consideran necesarias para el ingreso en el campo académico.

Es significativa la identificación con el catedrático que ofrece la oportunidad de quedarse en la institución. Éste se presenta con fuerza en el imaginario de los entrevistados, como figura relevante, que de una u otra manera dejó huellas en la trayectoria de cada uno. Resalta que

represente a una figura que se sale de la norma habitual de los catedráticos de la época, junto a la necesidad de acentuar su carácter ejemplar, como modelo a seguir en cuestiones morales y de formas de ser y estar en la profesión. No es el legado intelectual lo que sobresale en los aprendizajes desarrollados en esos primeros años, sino, actitudes, modos de comportamiento, de relacionarse con los alumnos, con los compañeros, con los discípulos, y es eso lo que se reproduce, a pesar de las distancias entre el contexto histórico de unos y de otros.

El saber estar de los catedráticos progenitores es admirado, sobre todo en cuestiones en donde se ponen en juego habilidades de negociación, criterios de justicia, de equilibrio... Representan la figura justa a pesar de todo, que opera utilizando la razón frente a cualquier situación, que equilibra las fuerzas... que domina sus acciones y la de los otros, que resuelve creativamente los problemas que se le presentan. En el relato aparece casi idealizado, o deshumanizado, como si a través del tiempo se necesitase rescatar éstos rasgos como elementos que sostienen los modelos a partir de los cuales se construye una forma de hacer, como modelos ideales creados para sostenerse en la profesión.

Los requisitos legales para ser profesor de universidad, las diferentes acreditaciones, tendrían el valor de ritos de paso, es decir, de cruce de frontera imaginario, entre pertenecer o no a la institución. Cumplen la función de sellar pactos, de la afirmación del reconocimiento del orden establecido. La elaboración de la tesis, implica iniciación en los procesos de investigación y en los involucrados en las problemáticas que atañen al campo científico. A través de su elaboración se conocen los grupos, las pujas, los modelos, las escuelas. Al elegir director se elige al mismo tiempo un lugar en esa lucha, es decir, un espacio desde el cual pertenecer a ese subcampo de conocimiento y comenzar a pujar desde allí por el propio. Su lectura cumple con la formalidad del rito de afirmación, de reconocimiento de la entrada en el campo.

La lectura de la tesis, como rito de institución (Bourdieu, 1985) determina un antes y un después. El individuo entra estudiante y sale doctor, con lo cual al mismo tiempo es reconocido como apto para ingresar en un área de conocimiento y poder luchar dentro de él. Ser doctor es el primer "nombre" que le ata a la profesión, que le permite estar dentro del espacio institucional, junto con aquellos que pujan por un sitio y por definir cuestiones dentro de ese espacio.

"El rito consagra la diferencia, la instituye" (Bourdieu, 1985:79), es decir, la hace institucional y lógica. Demarca qué cuestiones están vedadas para los no doctores (clases en segundo ciclo y tercer ciclo, pertenecer al cuerpo de Profesores Titulares de Universidad) al mismo tiempo consagra un orden establecido que viene de lejos.

El valor de este rito, además de instaurar la diferencia, de otorgar identidad es que, al mismo tiempo, transforma la representación que la propia persona se hace de sí misma y los comportamientos que se cree obligada a adoptar para ajustarse a esa representación, para estar a la altura de las circunstancias (Bourdieu, 1985).

Quienes admiten a este recién llegado, participan del rito haciendo reconocer su lugar dentro del campo. Se transforman en el tribunal que da fe de la pertinencia de entrada en ese caso en concreto y tienen que dar cuenta al mismo tiempo del propio lugar en el campo. Al consagrar la diferencia de otro se están consagrando a sí mismos, están validando su posición. De ahí la necesidad de mostrarse a través de preguntas y argumentaciones que demuestren su valor como integrantes del campo. Juego del que todos conocen las reglas, y del que muchos quieren escapar explicitando la trampa, pero la escapada significaría romper con el ritual, con su eficacia, ya que

*“La creencia de todos, preexistente al ritual, constituye la condición de eficacia del ritual. Sólo se predica a los convertidos. Y el milagro de la eficacia simbólica desaparecería en el momento en que se comprendiera que la magia de las palabras no hace más que desencadenar resortes -las disposiciones- previamente montados... El verdadero milagro que producen los actos de institución reside seguramente en el hecho de que consiguen hacer creer a los individuos consagrados que su existencia está justificada, que su existencia sirve para algo.” (Bourdieu, 1985:86)*

Habitualmente, la organización del escenario del ritual, delimita los espacios de los diferentes participantes de esta representación: tribunal, doctorando y público. Los integrantes del tribunal, se dirigen al público presente al mismo tiempo que al doctorando, sus preguntas, opiniones van en ambas direcciones, ellos están en el escenario, son los actores de esta representación teatral; el doctorando, ubicado en un espacio de transición, entre el público y el escenario, mira a unos y al mismo tiempo es mirado por los otros. ¿A quién mira el público, al doctorando o al tribunal? Quizás a ambos. Juego múltiple de miradas en este procedimiento que permite atravesar la línea y pertenecer y ser conocido en el campo de conocimiento específico. ¿En este juego, importa el valor de la tesis presentada, o es válido sólo el ritual como estructura formal que preserva el orden en el que está inscrito?

La oposición es el rito que consagra otra diferencia, la de quienes entran al cuerpo y quienes quedan fuera, y con ella instaura al mismo tiempo dos nombramientos: el del cuerpo de pertenencia y el de ser funcionario. ¿En qué medida uno y otro se conjugan en la construcción de las identidades de los profesores de Universidad? ¿El uno implica al otro? Relacionado con la estabilidad en el trabajo, el llegar a ser funcionario se transforma desde muy pronto en un objetivo del desarrollo profesional, va entrelazado con la entrada al cuerpo pertinente ya que desde la normativa, una cosa lleva hacia la otra. Si bien en el discurso de los entrevistados se resalta la importancia de la estabilidad en el empleo que deviene del ser funcionario, es como si esta condición se diluyese una vez conseguida, es decir, no aparece como elemento importante a la hora de realizar el trabajo, es algo que está ahí, que se luchó para conseguirlo, pero una vez conseguido no aparece a la luz. Como otra de las cuestiones legales que se transforman en “detalles” al hablar de la profesión. Es más, cabe resaltar la imagen peyorativa que en los profesores universitarios tiene el “ser funcionario” aludiendo con esto a una persona que no se preocupa por su desarrollo profesional ni por el de la institución, que no se hace cargo de los resultados de su labor, que cumple su función de una manera formal.

Sin embargo, como se ha visto, esto es sustancial con el ser profesor universitario, sobre todo porque en la Universidad la pertenencia a un cuerpo como el de catedráticos como en este caso, significa incluirse en una élite, que en el imaginario social tiene fuertes relaciones con los ámbitos de poder. Es en esta unión entre ser funcionario y profesor que el saber y el poder tienen su más clara expresión.

El ser funcionario implica la pertenencia a un cuerpo del Estado, y éstos están altamente jerarquizados. Del cuerpo depende el status, la retribución y el futuro profesional. En ese sentido, no es lo mismo ser profesor de Universidad que funcionario de justicia o profesor de primaria o secundaria. De él depende su papel en la sociedad y su nivel en la estratificación social. Los funcionarios no ingresan sólo en la función pública sino en un cuerpo, cuestión que genera una conciencia altamente corporativista, en muchos casos con abusos de particularismos en beneficio de algunos y en detrimento de otros.

Los catedráticos, se sienten primero miembros de un cuerpo antes que funcionarios, como puede desprenderse de esta falta de atención puesta en el hecho de pertenecer a este tipo de función dirigida por el Estado, es decir, estar al servicio de él. Se sienten autónomos en ese proceso, con la posibilidad de regular sus propias normas, fundamentalmente por la capacidad de presión política que han tenido a través de la historia y de la que todavía quedan huellas.

Pertenecer a un cuerpo del Estado como el de catedráticos, distingue a unos profesores de otros, sobre todo de los otros niveles de la enseñanza, cuya función está tan desdibujada hoy en día en el contexto social. Esta distinción estaría entonces marcando otra pauta de la identidad, el ser catedrático de universidad está revestido de una cuota de poder social, el del lugar del saber, del experto en un área de conocimiento. El rito de la oposición le consagra para hablar en nombre de ese saber, para eso ha ocupado un lugar, "una plaza" que da fe de ese saber. Gracias al rito de la oposición, cuando habla, habla en representación del grupo que le ha dado el mandato. "Se transforma en portavoz autorizado en la medida que en su palabra concentra el capital simbólico acumulado por el grupo que le ha otorgado ese mandato y de cuyo poder está investido" (Bourdieu, 1985:69).

Dos instituciones con suficiente capital simbólico están ayudando a que esto tenga lugar: la Universidad y el cuerpo de catedráticos. La Universidad como fuente de saber y poder ha acumulado ese capital durante sus siete siglos de existencia y el del cuerpo, que en España en particular tiene fuertes connotaciones históricas relacionadas con el poder y como portavoces de ese saber en el momento actual.

La selección está plagada de continuidades y rupturas. En ese proceso de negociación entre la identidad atribuida por el medio social e institucional y la que deviene del propio sujeto (desde la perspectiva de Dubar, 1991) los catedráticos de hoy han querido romper con muchos de los estereotipos con los que el imaginario social asocia a su figura. Se habla del catedrático "fósil", como aquel que en los períodos más duros de la dictadura franquista gozaba de altos privilegios y tenía todo el poder y la autoridad en el ámbito universitario. Alejarse de esa imagen ha sido uno de los objetivos de esta generación, romper con la idea de universidad que sustentaban y propulsar de otra manera la profesión, se transformó en uno de los objetivos de la generación de catedráticos producto de la LRU, que en la transición a la democracia eran PNNs.

Sin embargo, en la trayectoria algo se recoge, y la historia deja sus huellas, en el reconocimiento de esas huellas están quizás las identificaciones que conectan con las generaciones anteriores, las idealizaciones de determinadas figuras que atan los comportamientos. Quedan huellas de aquellas cuestiones que se combatieron, que quisieron derogarse, como se ha visto en el análisis de la organización y la docencia por ejemplo, pero también y sobre todo quedan intactas aquellas cuestiones que no se han discutido, que están presentes formando parte de la normalidad de la vida cotidiana. Uno de estos aspectos es justamente el proceso de selección, en donde prima la mirada de profesores y alumnos eligiendo a quienes continuarán en la institución.

Elegir a los mejores es el mandato implícito de este proceso, la institución así se cuida de mantener el lugar del saber que ha ostentado a través de los siglos ¿Qué sucede luego? Un aprendizaje vicario de la profesión, en donde se aprenden fundamentalmente las reglas de juego, a moverse de la manera adecuada, a obtener el suficiente capital simbólico como para ser reconocido en el área de conocimiento y en el campo académico. Y a cumplir con los requisitos que imponen los ritos de paso. Entra quien ha sido socializado, aprendiendo las formas y el concurso que implica la oposición, legítima esta entrada, de cara al exterior.

¿Esta trayectoria atribuye una identidad a los profesores, les imprime una forma de ser y de hacer en la profesión? En un sentido no mecánico ni direccionista, es posible decir que este peso institucional que se aprende en los procesos de socialización deja una fuerte impronta en el sentido práctico de los profesores, e influye en los modos de ser y de moverse en la profesión. La competencia entre áreas de conocimiento y grupos dentro de los departamentos y fuera de ellos es un ejemplo de esto; la carrera por la apropiación de capital que se expresa en la acumulación de comunicaciones a congresos, publicaciones... papeles que en ocasiones están vaciados de contenido, es otro.

Entre la conciencia corporativista y el alto grado de competencia, negociaciones y alianzas que significa el proceso de socialización, se jugaría una manera de ser profesor en la universidad. Pero no la única, no olvidemos el aporte del individuo, de su transacción con esta realidad y la posibilidad de que a partir de ahí, se encuentren otras salidas, otras propuestas. Según se ha visto en los casos estudiados, no es posible hablar de una única manera de ser profesional en la Universidad, y si bien hay cuestiones que se asemejan, que son comunes, hay otros en que no lo son, sutiles diferencias que muestran las modificaciones que pueden imprimirse en el desarrollo de la profesión y de la institución.

### Referencias bibliográficas

- Abad, J. (1993). "Individuo y sociedad: la construcción de la identidad personal". En M.A. García de León y otros, *Sociología de la Educación*. Barcelona: Barcanova.
- Berger, P. y Luckmman, TH. (1984). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bernstein, B. (1998). *Pedagogía Control simbólico e identidad*. Madrid: Morata.
- Bourdieu, P. (1985). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal Universitaria.
- Bourdieu, P. (1988). *Cosas Dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Castells, M. (1997). *La era de la información (vol.1-2-3)*. Madrid: Alianza.
- De Certau, M. (1993). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- De Miguel, J. (1978). *Anatomía de una universidad*. Barcelona: Dopesa.
- Dubar, C.(1991). *La socialisation: construcción de identités sociales et professionnelles*. París: Armand Colin.
- Erikson, E.H. (1968). *Identidad, juventud y crisis*. Madrid: Taurus.
- Etkin, J.R. (1994). *La doble moral de las organizaciones. Los sistemas perversos y la corrupción institucionalizada*. Madrid: McGraw-Hill/Interamericana de España.
- Giddens, A. (1995). *La transformación de la intimidad*. Madrid: Cátedra.
- Goffman, E.(1980). *Estigma. La identidad fragmentada*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Gonçalves, J. A. (1996). "Práctica docente e identidade professional". En A. Estrela, R. Canario y J. Ferreira (eds.) (1996). *Actas do VI coloquio Nacional da seccão Portuguesa da AIP ELF/ AFIRSE*. Lisboa: Universidad de Lisboa.
- Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- Levi-Strauss, Cl.(1981). *L'identité*. París: Editions Pretel.
- Mead. M. (1934). *Mind Self and Society*. Chicago: Ch. Morris.
- Muel-Dreyfus, F. (1992). *Le métier d'éducateur*. París: Les éditions de minuit.
- Nieto, (1984). *La tribu universitaria*. Madrid: Tecnos.
- Ollero Tassara, A. (1985). *Qué hacemos con la Universidad*. Madrid: Instituto de Estudios Económicos.

- Popkewitz, T. (1988a). *Paradigma e ideología en investigación educativa*. Madrid: Mondadori.
- Ricoeur, P. (1987). *Tiempo y Narración, Vol I y II*. Madrid: Cristiandad.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Sotelo, I., (1993). "La Universidad española en el contexto europeo". *Nueva Revista de política, cultura y arte*, 29 (Abril), pp. 90-125.
- Zeichner, K. y Gore, J. (1990). Teacher socialization. En R. Houston (Dir.). *Handbook of research on teacher education*. New York: McMillan.